

www.elboomeran.com

STÉPHANE GIOCANTI

CHARLES MAURRAS
EL CAOS Y EL ORDEN

PRESENTACIÓN
DE JAUME VALLCORBA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Charles Maurras*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2006 by Éditions Flammarion
© de la presentación, 2010 by Santiago Vallcorba Plana
© de la traducción, 2010 by José Ramón Monreal Salvador
© de la imagen de cubierta, by Pierre Petit
/ Hulton Archive / Getty Images
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Obra publicada con la ayuda del Centre National du Livre
Ministerio francés de cultura

Imagen de la cubierta, retrato de Charles Maurras

ISBN: 978-84-92649-34-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 10 284-2010

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

MARTIGUES, ENTRE EL MAR
Y LA ALBUFERA

Las colinas azotadas por el viento están expuestas tanto a los temblores del cielo como a las caricias y a los abrazos del sol. Árboles desnudos, ramas retorcidas, extensiones desiertas. Los movimientos agresivos del aire confieren a este horizonte casi lunar una impresión de eternidad donde la cólera de los dioses y el sentido trágico de los hombres parecen enmudecer, pero que la naturaleza recoge en su lenguaje secreto y traduce mediante signos difíciles de interpretar. «Quisiera llevar allí a los espíritus simples para quienes todo el paisaje del Sur parece hecho de pura alegría y sitúan en el Norte el refugio definitivo de los corazones tristes y cerrados. No me sería difícil mostrarles aquí la tristeza de la luz a la hora de su agonía».¹ Y, sin embargo, la región de Martigues presenta también un gran carácter risueño bajo ese cielo que exalta sus esplendores mientras hace desaparecer la amargura. «Esta luz, algo más opaca que la que nace del cielo del mediodía, difusa, dispersa, extendida a todas las cosas, no altera las formas de nada, pero lo viste todo con un velo decoroso y purísimo. Lo que se precisaba con un ardor cegador se modera, se compone, se atenúa y adquiere el aspecto de una vida y de una humanidad reconocibles. He aquí, a ambas orillas de la alargada albufera que espejea bajo mi colina, las casas de campo a las que da sombra un gran pino, semejante a las palmeras de Oriente, y unas granjas, de aspecto más humilde, que protege contra el mistral la muralla viva de una ringlera de cipreses».²

¹ OC, t. IV, pp. 368-369.

² *Ibíd.*, p. 62.

La mirada que se posa sobre estos paisajes varía indefinidamente los contrastes de las horas y de las estaciones, sin repetirse nunca, tan pintora—pero más aérea—como el Monet de las catedrales de Ruán. Los lugares enseñan al hombre la esencia trágica que es propia de la condición humana; la naturaleza está presta a aplastarlo, a reducirlo, a ahogarlo; el mal, el salvajismo acechan su alma. Y, sin embargo, el esfuerzo paciente, la búsqueda de una regla común, el gusto por la perfección le brindan la oportunidad de sobrevivir y de perdurar en una felicidad que la despreocupación y el orgullo tienden en todo momento a desarmar. Marcado por este doble aspecto del paisaje que rodea Martigues, Maurras es hijo de Marte y de Afrodita. Es un corazón de combatiente, tal como Platón lo describió en su *República*, en extremo consciente de la fuerza destructora de las cosas, de la precariedad esencial de la existencia humana, que comienza con el olvido y el desorden del lenguaje. Y, al mismo tiempo, un corazón de enamorado: de la vida, del terruño, de su ciudad natal, de las mujeres y de unos maestros admiradísimos que busca en todos los siglos. Este universo mezclado prepara un personaje complejo cuyas heridas, desesperaciones y cóleras le harán mantener el lenguaje de la violencia, hasta hacer olvidar la luz que una Provenza ática y mistraliana había depositado en él como una prueba de afecto, y que la poesía conservará hasta el final. Tierra de contrastes, tierra de luchas, de belleza y de plegarias: tal se presenta el horizonte de Martigues ante Charles Maurras.

Extendida a orillas de la albufera de Berre y próxima al mar Mediterráneo, su pequeña ciudad presenta distintas «vías de acceso» que realzan su autobiografía literaria, a la vez provenzal y, si puede decirse así, pedestre. Otras tantas entradas para el lector invitado a un maravilloso tesoro que el escritor no entrega sino con pudor y temor, porque lo ama. Uno de sus poemas describe «La encrucijada

de los siete caminos a Martigues» («Le carrefour des sept chemins à Martigues»):

*Carrefour, oblongue étoile à sept branches,
l'un de tes chemins descend à la mer.
Le ciel a promis à ma voile blanche
les vents de la palme et du vétiver.*

*Le chemin qui suit ramène à la ville
des trente Beautés, qu'en toute saison
déroulent ses Ponts, ses Canaux, ses Îles
et, du quai natal, mon humble maison.³*

[Encrucijada, estrella oblonga de siete puntas, | uno de tus caminos descende al mar. | El cielo ha prometido a mi vela blanca | los vientos de la palmera y del vetiver. || El camino que sigue lleva a la ciudad | de las treinta bellezas, que en cada estación | despliegan sus puentes, sus canales, sus islas | y, desde el muelle natal, mi humilde casa].

Martigues está «situada sobre las aguas como una gaviota».⁴ Bordea, en efecto, la albufera de Berre, *stagnum mastromela*, la albufera llamada «del estómago», por deformación del griego *stoma limné*, ‘boca del estanque’. El camino del Paraíso, que evoca el poema, es el que lleva a la Bastide, la casa familiar. Maurras, a lo largo de toda su vida, recibirá en ella a sus amigos, a sus colegas felibres o periodistas, políticos y escritores. «Recordará usted ese camino—le escribe a su amigo Frédéric Amouretti, en 1895—. Es un pobre camino, desnudo y triste, encajonado a menudo entre dos muros y sin más vegetación que unos juncos y unas plantas salinas. Se extiende a lo largo de las albuferas en cuya orilla yo nací. Siento un gran cariño por él como por todo ese país que es, creo yo, lo mejor que tengo en el

³ *Ibid.*, p. 386.

⁴ Léon Daudet y Charles Maurras, *Notre Provence*, Flammarion, 1933, p. 154.

mundo. Una tierra árida y dorada donde silba eternamente el viento, sus campos de olivos, sus cañaverales y pinedas apenas si velan sus rocas; pero el cielo es allí magnífico, exquisito el dibujo de las riberas y la luz tan llena de gracia que hasta las menores cosas se perfilan en el aire como espíritus bienhechores». ⁵ La luminosidad de Martigues inspira a los pintores paisajistas, el más célebre de los cuales, Félix Ziem, está allí instalado.

La Bastide, construida en el siglo XVIII, había sido heredada en 1881 por la madre de Charles, Marie Maurras, de soltera Garnier. Con fama de haber sido construida con las piedras de la antigua iglesia de la Île, se asienta a modo de trono sobre un terreno ligeramente en pendiente, desde donde domina un paisaje salino. Una foto de los años treinta muestra a Maurras en su jardín, con la mirada vuelta hacia las marismas salinas y la isla de Jonquières, una de las tres islas que componen la Venecia provenzal: esta perspectiva se ha visto modificada desde entonces por un estadio inmenso, por el que Martigues se ha ganado una fama muy superior a la que le daban sus canales, sus pintores y su poeta. Casa familiar, típica del arte provenzal, enmarcada por unos magníficos cipreses, y que corona, algunos cientos de metros más arriba, un viejo molino «que de lejos se tomaría por un castillo en ruinas, como los que se ven a lo largo del Ródano». ⁶ Casa a la que Maurras tratará de volver lo más a menudo posible, todos los veranos, pero también a lo largo del año. «Volverá periódicamente al puerto después de cada periplo, Ulises de un nuevo tipo que no dejará nunca de partir de nuevo, para continuar una odisea que los dioses de la ciudad volverán incierta hasta el final». ⁷

⁵ OC, t. IV, p. 19.

⁶ Charles Maurras, *L'Étang de Berre*, Champion, 1922, p. VII.

⁷ VNAF, p. 116.

Por más que unas excavaciones arqueológicas recientes hayan revelado una presencia céltica en este litoral (un *oppidum*), Maurras buscó con un amor preferente todo cuanto había de griego y de romano en esa Provenza marítima, pues fue con ese cemento común con el que se aglutinaron o estructuraron todas las demás aportaciones. De hecho, este sustrato fundador dejó allí gran cantidad de recuerdos, como hace notar Charles Lenthéric, historiador de Provenza en el que bebe el escritor: «Lo que me sorprende, sobre nuestra tierra de Provenza, es la huella profunda que dejaron en ella las migraciones orientales. Provenza es todavía el Oriente. Tiene su color, sus inmensos horizontes, sus vastas soledades, su espejismo y su luz deslumbrante».⁸ Las ruinas romanas de Saint-Mitre-les-Remparts, y muchos detalles del cantón, confieren a éste un aire griego que encantará a nuestro investigador, pintor y descubridor. Su tesis más divertida y audaz, difícil de desmentir, es que los focenses habrían sido los primeros en penetrar en este territorio antes de elegir el emplazamiento de la actual Marsella para fundar allí sus establecimientos comerciales. Sobre el origen del nombre «Martigues», varias hipótesis llaman su atención: aunque en francés existe la duda de si decir «*Martigues*» o «*les Martigues*», o incluso «*la Martigue*», el provenzal ha fijado con toda seguridad *lou Martegue* (y *lou Martegau* para su habitante). Este *Martegue* derivaría de *Marticum* y significa ‘país de Marte’, «del nombre de la profetisa oriental que acompañó a Mario a Provenza, según Plutarco». Pero, en 1913, Mistral sugiere otro origen para este topónimo: «¿Y quién sabe si el dios Marte (*Mars-Martis*) no sería uno de los padrinos de Marticum?».⁹ Preciosa sugerencia por parte del erudito que recibió en 1904 el Premio

⁸ Charles Lenthéric, *La Grèce et l'Orient en Provence*, Plon, 1878.

⁹ OC, t. IV, p. 65.

Nobel de Historia por *Lou Tresor dóu Felibrige* (*El tesoro del felibre*), diccionario provenzal/francés a la vez que enciclopedia del mundo meridional.

Esta búsqueda de los nombres sería puramente anecdótica si a Maurras no le hubiera importado tanto la exactitud del lenguaje con la misma pasión que a su contemporáneo Péguy, y si la historia de las palabras no implicara un reflejo de la historia de los pueblos. Los nombres constituyen oberturas poéticas, de las que Proust sabe sacar partido en *Por el camino de Swann* (*Du côté de chez Swann*): «Nombres de tierras: el Nombre» (a propósito de Combray); Maurras lo hace en *La albufera de Berre* («El nombre», a propósito de Martigues), pues estos nombres de lugares, entre los más familiares, mantienen una relación con el destino de los seres, y en primer lugar con los colores y los aromas de su infancia.

La ascendencia grecolatina de Martigues no le impide suponer unos orígenes beréberes o moriscos, considerando desde otro punto de vista una etimología establecida; así «Maurras significaría ‘los grandes moros’, los ‘malos moros’, según se estima el *as* aumentativo o peyorativo».¹⁰ ¿Una broma de martegalo? Sea como fuere, antes de instalarse en Martigues en el siglo de Luis XIV, su familia dio su nombre al pico de los *Maurras*, al sur de Gréoulx, cerca de Saint-Julien-le-Montagnier: es de allí, del país *gavot* (Alto Var), de donde ésta es oriunda. «En Provenza como en otras partes, diría que más que en otras partes, la Montaña es madre de los hombres [...]. Era en las rudas planicies, en los bosques de hoja perenne de la Alta Provenza, donde se engendraba nuestra carne, la vuestra, la mía, las otras. Mis Maurras no se establecieron en el distrito de Marsella, en la salida de la garganta de Roquevaire, hasta el siglo xvii, siendo el primer rastro que encontramos el de un tal

¹⁰ *Ibíd.*, t. I, p. 131.

Honoré Maurras, que fue cónsul allí». ¹¹ Período de prosperidad y de apogeo para Martigues, que cuenta entonces trece mil habitantes, y tiene el papel de puerto importante de la costa mediterránea. La burguesía del lugar prospera gracias a la explotación de los bosques de los alrededores, pero también a la intensa actividad marítima que alimentó numerosas escuadras.

El pintor Ziem le escribe a Théodore Rousseau que, a cada paso que da por esta antigua región forestal, ve «claudes y poussins». «Imagínate el bosque de Fontainebleau con lagos de agua salada al borde de un cabo olvidado por los civilizadores». ¹² Pero quienes nacieron hacia 1868 conocieron un espectáculo distinto, como consecuencia de los incendios que devastaron la «selva natural», «no tienen en sus ojos de niños más que el duro relieve de las tierras de color ocre que animaba el mar y doraba el sol, plantadas únicamente de especies de hoja perenne: olivos y cipreses, tamarindos y pinos», ¹³ otros tantos motivos que entrarán a formar parte de la poesía maurrasiana. La industria de la madera había favorecido la de los barcos. «Nuestros *maestros del hacha*, para usar el nombre oficial de los patrones de carpintería de obra, construían y botaban cantidad de navíos, que, grandes y pequeños, navegaban desde las Échelles hasta las Indias Occidentales». ¹⁴ Por eso los martegalos habían sido llamados «los correos de la mar» y habían dado ochocientos marinos al Bailío de Suffren para «la espléndida epopeya del mar de las Indias» ¹⁵ en la que ese intrépido había derrotado en numerosas ocasiones a la

¹¹ *Ibíd.*

¹² Citado en *Notre Provence, op. cit.*, p. 154.

¹³ Charles Maurras, *Les Secrets du soleil*, La Cité des Livres, 1929, p. 59.

¹⁴ *Notre Provence, op. cit.*, p. 189.

¹⁵ «Martigues», *DPC* (suplemento), p. 4.

Royal Navy. Frédéric Mistral se había hecho eco de la intensa actividad marítima de Martigues en el canto primero de *Mireya* (*Mirèio*), en el que el maestro Ambroise canta la «Canción del Bailío de Suffren»:

*Es un Martegau qu'à la vesperado
a fa la cansoun, en calant si tis.*

[Es un martegalo que compuso la canción la víspera, | mientras calaba sus trasmallos].

En el plano administrativo, Martigues estaba exenta de la talla, y sólo los artículos de consumo entraban en los impuestos provinciales; su ejemplo confirma la tesis del historiador Funck-Brentano, según la cual la Francia del Antiguo Régimen estaba «llena de libertades». «Si se consulta el registro de las deliberaciones municipales, en las que se recoge un número considerable de discursos improvisados, podemos admirar, a pesar de la acostumbrada proliferación de faltas de ortografía, la corrección, la claridad, la elegancia y a veces hasta la elocuencia del francés hablado y escrito». Hasta el mismo viento de Martigues, que se levanta después de la hora de la comida, a eso de las dos, recuerda la antigua dulzura de los tiempos: le llaman *viento de las damas*, «como si se tratara de un abanico de Watteau».¹⁶

La pequeña ciudad conoció a continuación un largo periodo de decadencia económica hasta la paulatina instalación de la industria petrolera en los años treinta. Desde el siglo XVIII, sólo tiene siete mil habitantes, y dos veces menos marinos. Los marinos se convierten en pescadores de agua salada o dulce; en el siglo XIX van sobre todo en busca de empleo más lejos, o bien entran en la función públi-

¹⁶ *Les Secrets du soleil, op. cit.*, p. 57.

ca, «ejército, marina, aduanas, administración». El escritor habla de una «burguesía venida a menos». Encontramos esta misma evolución en el seno de su propia familia: su abuelo materno, Pierre Garnier, que navegaba a las órdenes del príncipe de Joinville, y que había hecho toda su carrera en la marina, respondía a la vocación casi legendaria de los martegalos. Pero entre sus antepasados más inmediatos los hay que, como su padre y su tío, encuentran empleos de funcionarios, lo que los provenzales llamaban unos *placistes*. Este fenómeno social justifica, según Victor Nguyen, el sentimiento de desclasamiento en Maurras. Ello puede explicar en parte, y por contraste, la nostalgia del Antiguo Régimen, unos tiempos en que Martigues era próspera.